

LOS CASTILLOS DE MURCIA. UNA COLECCIÓN DE ARTÍCULOS DE PEDRO DÍAZ CASSOU

ANTONIO VICENTE FREY SÁNCHEZ

1. INTRODUCCIÓN

Hace pocos años tuve la ocasión de divulgar unos fragmentos del célebre historiador Joaquín Báguena, publicados en 1890 en el Diario de Murcia, con los que hacía una síntesis descriptiva desde el punto de vista geográfico e histórico de la Murcia árabe a partir de fragmentos conocidos de los principales cronistas y geógrafos árabes¹. Esta recopilación fue precedida de una introducción en donde ponía de manifiesto los objetivos de este trabajo; recopilación que vino seguida de un breve estudio crítico de los contenidos de los artículos. Este estudio preliminar buscaba, ante todo, sentar una base que hiciera más comprensible la lectura de los textos originales mediante la aclaración de términos, conceptos y emplazamientos. Nunca me propuse hacer un exhaustivo y severo estudio crítico de los artículos porque por su naturaleza resultaba muy difícil analizar un enfoque que fundamentalmente tenía más de divulgativo que de científico.

Cuando efectué aquel anterior trabajo llamé la atención sobre su objetivo fundamental que no era otro que reseñar las primeras obras referentes al pasado medieval de Murcia. Y que pretendía ser el inicio de una larga lista de autores y artículos publicados durante el periodo de la Restauración en que proliferaron estudios eruditos de gran valor historiográfico. Desde ese punto de vista se podía poner en evidencia todo el material científico que había pergeñado las líneas maestras de la investigación medieval del siglo XX. Y, naturalmente, podía constituir una herramienta para observar la evolución historiográfica.

¹ FREY SÁNCHEZ, A. V.: "Historiografía medieval islámica. El caso de Joaquín Báguena". *Murgetana, revista de la Real Academia Alfonso X El Sabio*, 106. Murcia, 2002. Págs. 103 - 126.



De hecho se puso en evidencia que el trabajo de J. Báguena –y por extensión de éste que ahora se trata– se enmarcaba dentro de una corriente científica nacional que trataba de reconstruir, en la medida de sus posibilidades la historia de España y de sus diferentes regiones y localidades, fundándose en un empleo de las fuentes escritas pero también efectuando las primeras investigaciones arqueológicas modernas. Predominó, por no aludir a su hegemonía, el historicismo de corte romántico que, basado en las experiencias coloniales –en este contexto es fundamental la presencia española en el Norte de África–, conceptualizaba estructuras ideológicas de corte racial y nacionalista, como estaba también ocurriendo en el resto de la Europa de las potencias coloniales.

En el mismo contexto, presento ahora una serie de nueve artículos firmados por P. Díaz Cassou bajo el título “Castillos de Murcia”, publicados en el Diario de Murcia en la primavera del año 1888. Artículos de gran belleza, fueron realizados con el ánimo de divulgar la situación e historia de los castillos del entorno de la ciudad de Murcia, con especial atención al de Monteagudo, al que dedica ocho artículos². En rigor, parece que fueron hechos en homenaje o en respuesta a algún tipo de publicación de B. Avilés y Martini, a quien fueron dirigidos estos artículos y sobre el que P. Díaz Cassou dice: “... hasta que al Sr. D. Baltasar Avilés y Martini ha ocurrido, nadie se preocupó del pasado histórico de los castillos de Murcia”, lo que estaría remitiendo al lector a algún tipo de publicación o iniciativa del citado. La colección, empero, se halla incompleta ya que en una ocasión se refiere a la información que debería ir después de la reconquista del castillo “*daré cabida á otras leyendas inventadas seguramente en el periodo cristiano de la historia de Monteagudo*”, que no se encuentran.

Además de su marco periodístico, que no le hace desmerecer su descriptivo contenido semicientífico, cabe señalar respecto a la anterior entrega que con esta colección de artículos el lector puede apreciar un notable cambio cualitativo en cuanto a la metodología seguida por el autor para describir la historia: fundamentalmente porque en esta ocasión P. Díaz Cassou no dudó en hacer uso de una tradición y una leyenda rescatadas de las obras cronísticas árabes y, lo que es más importante aún, usó de elementos arqueológicos ya catálogos para enriquecer la reconstrucción histórica, aspecto este último que hace aún más atractivos estos artículos.

A principios del siglo XX, fue realizada una sumaria crítica del contenido de estos artículos por J. Báguena, cuyo trabajo fue encuentra rescatado por el profesor J. Torres Fontes no hace mucho³.

² Los artículos son relativamente desconocidos aunque algunos de sus datos ya empleados en una ocasión. Vid.: F. J. NAVARRO SUÁREZ y C. MARTÍNEZ SALVADOR: “Monteagudo, el castillo del rey Lobo”. *Cuadrenos de Patrimonio Histórico-artístico de Murcia*, 4. Murcia, 1998. 32 Págs.

³ BAGUENA, Joaquín: “El castillo de Monteagudo”. *Los exploradores de España. Consejo Local de Murcia. Hojas Instructivas*, 1. Murcia. Asilo de la Purísima, 1916 - 1918. Reed. por J. TORRES FONTES en *Batiburrillo Murciano. Historias, costumbres, textos curiosos*. Murcia, 1998. Págs. 39 - 44.



2. LOS ARTÍCULOS DE P. DÍAZ CASSOU. ANÁLISIS DE LOS CONTENIDOS

Como ya he señalado, estos nueve artículos se concretan en los castillos del entorno de la ciudad de Murcia, con especial atención al de Monteagudo.

Arranca el primero de ellos con un planteamiento de los principios generales que mueven al autor a efectuar su trabajo. Así, una vez rematada la introducción al lector en la que se hace una mención expresa a la labor de B. Avilés Marini, hace un repaso a una serie de castillos, empezando por el de la Asomada, situado, como indica el autor en el denominado "Morrón del Puerto" del que indica "*probablemente el Chabal Hemad de los islamitas murcianos*". Hace, también, hincapié en los castillos de Tabala y Santa Catalina al que denomina "Alchezar" porque se creía, entonces, el precedente de la actual Algezares. Surge, en medio del texto alguna nota de interés como sus referencias a las torres de Benimongil (Benimojí) y Boznegra (Voz Negra) "*situadas en los extremos del valle*", que probablemente existieran en el momento de su redacción⁴. En sí, el primer artículo no deja de ser una introducción en la que el autor pone de relieve cuantas cuestiones sobre la naturaleza de los mismos concibe para acercar su contenido al lector pues sobre el origen de los mismo se lee una nota muy importante que recoge un aspecto historiográfico: "*La tradición popular dice que todos estos castillos son de moros...*" incidiendo en el origen de estas tradiciones marcadamente enraizadas en la cultura rural española: "*... verdad es que, por efecto de un instinto de gratitud, los españoles del Mediodía atribuyen á sus antepasados los árabes todo aquello cuyo origen desconocen, la poesía popular ha inventado varias leyendas, para cada uno de los dos castillos principales, el del Morrón y el del Monteagudo, y la tradición y la poesía culta se han apoderado de los recuerdos populares para embellecerles en alguna que otra recreación literaria...*"⁵.

El segundo de los artículos incide en el castillo de Monteagudo y en sus orígenes. Empleando referencias al canónigo Lozano relata los primeros intentos para la describir la etimología de Monteagudo haciendo, no obstante, P. Díaz Cassou, hincapié en unos orígenes menos míticos del asentamiento, lo que da, como ya se ha señalado más arriba, mayor interés por el acrecentado rigor con que procuró reconstruir su historia. Por ello plantea como lógicas la primigenia presencia de tribus ambulantes que al cabo del tiempo se asentaron en lo alto de la montaña para constituir el primer castro correspondiente a la civilización ibera. A ello, el autor,

⁴ Se trata de heredamientos de la huerta que debían estar protegidos por torres medievales. Nada hay salvo las referencias que se hace en el Repartimiento de Murcia, en que se señalan los lotes de tierra repartidos a los nuevos pobladores correspondientes a aquellos dos lugares. No obstante, J. TORRES FONTES (*Repartimiento y Repoblación de Murcia en el siglo XIII*. Murcia, 1990) hace mención a las dos torres ubicadas en el heredamiento de Voz Negra, torre de Manuel Porcel y torre de Rodrigo Pagan (pág. 70) y, en el heredamiento de Benimojí, aunque no se ha documentado torre alguna si se sabe que debió haber algún tipo de asentamiento en su entorno ya que en 1272 se entregaba una mezquita rural a Pedro Durán (pág. 131).

⁵ Sobre el origen de estas leyendas y tradiciones populares se une la dura crítica que hace J. BAGUENA: "El castillo de Monteagudo". *Op. Cit.* Págs. 39 - 40.



hace corresponder algunos de los antiguos vestigios del entorno de la fortificación como el acueducto relatado por Lozano y ciertas piezas reunidas, hoy totalmente perdidas⁶.

De aquellas piezas P. Díaz Cassou hace mención en el tercer artículo lo que no es sino un excelente reflejo material de las culturas que pasaron por las estribaciones de Monteagudo: ídolos animales, egipcios, dioses términos, dioses griegos y romanos; y, monedas de época imperial romana y árabes. Mención aparte merecen los elementos arquitectónicos y grabados tales como capiteles, sillares, losas, camafeos y, las conocidas columnas de la portada de la iglesia murciana de San Andrés. Por último, el autor hace mención a los restos cerámicos recopilados durante los trescientos años anteriores por investigadores y eruditos precedentes, a los que remito al lector para su identificación⁷.

La historia de Monteagudo en época medieval ocupa el cuarto y los siguientes artículos. Como introducción a la Edad Media hace mención a la presunta aparición de los Vándalos por estas tierras de camino a Cartagena lo que hubiera supuesto la ruina de la que para P. Díaz Cassou era una hipotética ciudad situada a los pies de la montaña o situada en un lugar cercano denominado "El Campillo" del que se ha informado durante mucho tiempo de la aparición de restos de época íbera⁸. De aquel modo, siguiendo el principio de su razonamiento, su destrucción pudo hacer que sus materiales fueran aprovechados por los constructores de Murcia en el siglo IX, aspecto éste puesto de manifiesto por varios vestigios materiales romanos hallados en las excavaciones de la ciudad. La misma superposición cultural hizo que el castillo, que, según el autor, debía haber poseído alzados de época romana los cuales en la actualidad serían imposibles de identificar o distinguir de los árabes, se confundiese con la posterior obra árabe, no obstante a que el autor se aventure a discernir el recinto principal indicando que gracias a su factura, esto es, al hormigón calicestrado, denote una fábrica romana, frente al recinto inferior construido por los árabes. A continuación, para fundamentar su afirmación el autor realiza una descripción arquitectónica del recinto; descripción que es seguida una reflexión sobre la forma en que se debía proceder a la defensa del castillo en función de la disposición de sus paramentos⁹. Por último, relata cómo en sus cercanías se hallaba el Castille-

⁶ El acueducto, al que se refiere también J. BÁGUENA ("El castillo de Monteagudo". *Op. Cit.* Pág. 41), tal vez debió formar parte de un sistema de abastecimiento de agua de las albercas documentadas no hace mucho en los alrededores de Monteagudo. *Vid.*: J. NAVARRO PALAZÓN y P. JIMÉNEZ CASTILLO: "Aproximación al estudio del castillejo de Monteagudo y otros monumentos de su entorno". *Memorias de Arqueología*, 4. Murcia, 1992. Págs. 433 - 453 (figs. 11 - 13; págs. 446 - 448).

⁷ Hoy día existen algunos restos arqueológicos de Monteagudo depositados en el Museo Arqueológico. Dado que a fecha de hoy se encuentra clausurado por obras, remito al lector a la guía publicada por M. JORGE ARAGONESES: *Guías de los Museos de España, IV. Museo Arqueológico de Murcia*. Murcia, 1956. Págs. 43 - 45 y 49, 74 y 76.

⁸ Aunque remito al lector a esta colección de artículos no dejo de señalarle el crítico trabajo posterior de J. BÁGUENA ("El castillo de Monteagudo". *Op. Cit.* Pág. 41) antes citado.

⁹ Para comprender mejor la disposición de los recintos y los elementos arquitectónicos de la fortificación, a partir de las más modernas interpretaciones, remito al lector al trabajo de F. J. NAVARRO SUÁREZ y C. MARTÍNEZ SALVADOR: "Monteagudo...". *Op. Cit.* Págs. 8 - 16.



jo, residencia fortificada para el recreo que denomina de Larache y cuya denominación confunde con el pequeño recinto situado unos metros más lejos.

Los dos siguientes artículos –el quinto y el sexto– vienen precedidos de una nota que suscribe en el anterior que dice así: “*Nido de aguilas por su gran altura, pero nada estrecho sino bastante espacioso, pudo ser habitación de las familias del Alcaide y de los guerreros más escogidos, y aún servir de prisión de Estado ó de residencia real á aquellos Reyes de Murcia cuyo poderío fué tan inestable. De ambos usos deponen la tradición, que es historia, y la leyenda, que tiene siempre algún fundamento histórico; conozco varias tradiciones y leyendas sobre el castillo de Monteagudo, y para no cansar á mis lectores, cuando por amenizar estos artículos, voy a insertar por via de muestra la tradición del Wazir y el Rey y la leyenda de la Sultana Zaida, que una y otra son del periodo árabe*”. Así, la primera historia que es una tradición recuperada es la que se refiere a Ibn Ammar y al emir de Murcia Ibn Tahir y proviene, del Muqtabis de Ibn Hayyan, luego recopilado en el *Hullat al-Siyara* de Ibn al-Abbar¹⁰. En su sentido histórico, esta tradición hace mención a la acogida que Ibn Tahir hizo de Ibn Ammar y la posterior captura del primero por parte del segundo, al ser enviado por el emir al-Motamid de Sevilla como gobernador de Murcia.

La segunda historia, en forma de leyenda, alude a los amores de la sultana Zaida, que había sido una cautiva cristiana, con un noble aragonés también cautivo en Monteagudo. Se halla publicada en dos artículos –el séptimo y el octavo; viene a significar la multitud de leyendas y dichos que ha generado la fortificación a lo largo de los siglos y que encuentra mayor paradigma en la leyenda del túnel que comunica el castillo con algunos edificios señeros de la ciudad de Murcia.

Finalmente, el último artículo –el noveno– hace referencia al castillo de Monteagudo después de la Reconquista, época de enorme trascendencia para su evolución y la situación política del reino murciano. Así, se pone de relieve el importante papel de la fortificación como baluarte frente a las tentaciones de expansionismo aragonés y de los nombramientos realizados por los diferentes reyes castellanos, incluida la vinculación de los García de Loaysa a la heredad de Larache. Si hace mención a una cuestión de la que resultaría muy interesante su veracidad y se trata del papel de los alcaides durante el siglo XV, incluido durante la guerra isabelina¹¹. Finaliza el artículo con una reflexión sobre su abandono: “*Unido definitivamente el reino de Aragón al de Castilla, en tiempo de los RR. CC., apaciguadas las banderías en todo el reino y conquistado el de Granada, el Castillo de Monteagudo perdió toda su importancia; se siguió nombrando alcaides, que residían en Murcia y solo alguna vez iban al castillo; y se le desmanteló y abandonó ultimamente, para evitar reparaciones que eran frecuentes, y resultaban muy costosa*”. Ahora bien, el autor intentó que el artículo concluyera con el estado del mismo

¹⁰ Apud F. J. NAVARRO SUÁREZ y C. MARTÍNEZ SALVADOR: “Monteagudo...”. *Op. Cit.* Págs. 3 - 4.

¹¹ *Id.* Pág. 7.



descrito por L. Gisbert y R. Amador de los Ríos, cosa que las necesidades tipográficas impidieron y ya jamás concluyó.

3. SÍNTEISIS Y CONCLUSIÓN

A modo de síntesis, llamo la atención sobre la notable evolución historiográfica que ha sufrido el conocimiento del castillo de Montegudo y los demás de su entorno, así que poner al alcance del lector estos artículos permite significar este factor mientras que contribuye a no dejar pasar por alto el trabajo efectuado tiempo atrás.

No insistiré más sobre la cuestión aunque como ya ocurrió con los de J. Báuena, si el lector asume la perspectiva lingüística de los trabajos publicados las posibilidades de significación aumentan aún más. Me refiero a algunos pasajes dominados por variantes de índole filológico (nombre propios, geográficos, etc., traducciones –algunas muy libres– o empleo de texto hoy revisados)¹². Interés tiene también, desde el punto de vista lingüístico, la pervivencia de arcaísmos castellanos en el texto, aspecto éste tratado en el anterior trabajo y que, naturalmente, no deja de ser muestra de la hermosura del idioma¹³.

No pretendo hacer más largo este estudio preliminar para no restar protagonismo a los artículos escritos y publicados por Pedro Díaz Cassou en primavera de 1888, pero sí quiero llamar la atención sobre su naturaleza y concepción como aspecto sobresaliente que les hace únicos ya no sólo por el contexto historiográfico en que fueron creados, una época que representa el auténtico nacimiento de la moderna historiografía española, ni siquiera por la personalidad del autor, erudito y riguroso investigador de la cultura murciana, sino por su factor de difusión, en la prensa provincial, contribuyendo de esa manera a hacer más universal, aún, la historia de Murcia y sus elementos materiales. Nos encontramos, pues, ante un ejemplo de las hermosas manifestaciones del régimen de la Restauración (1876-1931), cuya proyección cultural le ha hecho merecedora de la denominación de Edad de Plata de la Cultura Española.

¹² Queda la cuestión de Además, otro factor curioso sea la ortografía original, que siempre trato de respetar, incluso en sus errores más patentes y que, en algunas ocasiones, no pasan de meros errores tipográficos producidos por las antiguas imprentas.

¹³ FREY SÁNCHEZ, Antonio Vicente: "Historiografía medieval islámica...". Op. Cit. Págs. 111 - 112.



4. APÉNDICE DOCUMENTAL

I

El Diario de Murcia. Núm. 3283. Miércoles, 11 de Abril de 1888. Pág. 2.

Al Sr. D. Baltasar Avilés y Martini.

Fija la atención y suspende la mirada el viajero que atraviesa la cordillera de Carrascoy, cruzándola por el puerto de la *Asomada de Murcia*, que desde hace unos cuatro siglos se empezó á llamar de la Cadena, un elevado monte cónico, de terrenos terciarios en su falda y volcánicos en su cima: es el Morrón del Puerto, probablemente el *Chabal Hemad* de los islamitas murcianos, quizás el *Inca* de aquellas tribus ibéricas bastetanas y contestanas que, en remotas edades, pulularon tierra adentro de la costa donde después alzóse Teneria, madre de Cartago Nova y abuela de *Cartagena*. A la parte opuesta del valle de Murcia, dominando la serie de montañuelas que le limitan por N. E. como el Carrascoy por S. O., hay otro monte de forma cónica que el *Morrón*, á la cual debe el nombre de *Monte Agudo*, traducción del de *Mons Acutus* ó *Monte Acuto* que le dieron los hispanolatinos, y que extropearon [sic] los árabes en la palabra *Montacut*.

Sobre el Morrón como sobre el Monteagudo, la vista de menos alcance puede divisar muros en pié todavía aunque rebajados y ruinosos; son restos de dos grandes castillos complementados por fortines inmediatos, que, como los otros castillos menos importantes de *Alchezzar* (sobre el actual monasterio de Sta. Catalina del Monte) y de *Tabala*, con las torres de *Benimongil* y *Boznegra* situadas en los extremos del valle, y con las atalayas en todas las alturas junto á todas las gargantas que daban acceso á aquel, constituyeron un vasto recinto militar en que encerróse Murcia durante el último periodo de la dominación árabe y el primero de la de los castellanos, desde la caída del imperio de Córdoba hasta la fusión de las coronas de Aragón y de Castilla y la toma de Granada.

La tradición popular dice que todos estos castillos son de los moros, verdad es que, por efecto de un instinto de gratitud, los españoles del Mediodía atribuyen á sus antepasados los árabes todo aquello cuyo origen desconocen, la poesía popular ha inventado varias leyendas, para cada uno de los dos castillos principales, el del Morrón y el del Monteagudo, y la tradición y la poesía culta se han apoderado de los recuerdos populares para embellecerles en alguna que otra recreación literaria, pero hasta que al Sr. D. Baltasar Avilés y Martini ha ocurrido, nadie se preocupó del pasado histórico de los castillos de Murcia. Pasan las generaciones de los modernos murcianos sin que planta de pié holle aquellas alturas en cierto modo sagradas, y sin que mano de historiador sacuda el polvo del olvido bajo del que va desapareciendo la tradición y la historia de montes y de castillos. Abandonóse á estos desde que cesaron, juntos, el peligro y la necesidad de enriscarse para defenderse; las aves del cielo y los reptiles ocupan las que fueron moradas del hombre, y la intemperie y las lluvias destruyen grano á grano los restos durísimos de aquellos poderosos muros, entre cuyas ruinas duerme perdurable sueño de olvido el genio de las pasadas



edades; el monte sigue el mismo, el mismo sol le dora y la misma luna le platea, la obra de Dios permanece, muchos años después que la obra de los hombres ha muerto de la doble muerte de la destrucción y del olvido. ¡Sólo Dios es grande!

PEDRO DÍAZ CASSOU

II

El Diario de Murcia. Núm. 3284. Jueves, 12 de Abril de 1888. Pág. 2.

DEL CASTILLO DE MONTEAGUDO

Antes debió llamarse de *Montagon*, dice Lozano, refiriéndose al autor de la historia murgitana (supongo que alude á Gaspar García, el oriolano), nombre debido á que Hércules de Tebas, viajando por España, instituyó los juegos agonalés, y á que los vencidos en ellos tomaran tan á pechos su derrota que se suicidaban despeñándose desde los bajos de ese monte agudo, que por ende, llamóse *Monte Agoone*, y luego *Montagon*. El célebre autor de la *Bastitania Contestania* búrlese de esta etimología, pero se hizo eco de otra poco menos infundada, y porque le dijeron que, en 1794, se había encontrado una lápida con el nombre de *Montagu*, dióse á buscar un *Montano* que fuera algo de *Augusto*, y fundara un pueblo en la fachada de un monte, á mante [sic] y pueblo llamaran Monte Augusto, que después y sucesivamente fué *Monteagust* y *Montagú*: últimamente, Lozano concluyó por convenir en que la forma decidió del nombre, y que llamamos hoy Monte Agudo al que los hispano-romanos llamaron *Mons Acutus* hace dos mil años, y por la misma razón.

PRIMERAS POBLACIONES AL PIÉ DEL MONTEAGUDO

Casi todos los valles han tenido su primera población en la falda de sus montes, y, casi en todos los países, fué la agricultura, según la feliz frase de Hellwald, parto de las montañas (*cin hind der berge*). Así debió ser en nuestro valle, y por ningún otro monte mejor que por Monteagudo, no lejos del río y á cubierto de sus furiosas avenidas, pudo tener asiento la primera tribu que en remotísima fecha fijó su vagabunda planta en nuestro valle y trocó la movible tienda por la primer barraca. Todo el que se ha ocupado de la historia primitiva de España sabe como vivieron las tribus aborígenes, ó que se considera tales; y como la que ocupó el valle murciano no había de ser excepción y apartarse de las costumbres generales de las demás tribus ibéricas, podemos con seguridad hasta cierto punto, reconstruir mentalmente la Murcia primitiva, tal como debieron hallarla los fenicios. Un *camp*, que siglos adelante los latinos tradujeron por castro, recinto de fortísimos muros de piedra seca, en lo alto del Monteagudo y siguiendo las líneas obligadas que marcan todavía las ruinas de los castillos posteriores; dentro del recinto, el *prytanco* ó santuario, la morada del jefe que era á la vez el sacerdote de la tribu, sitios que fueran granero público y almacén de cosechas, algibes, etc.; irradiando de este centro político civil y religioso, protegidas por él, y, en él, teniendo lugar de refugio y medios de defensa, numerosas poblaciones tendidas en la falda de las montañuelas



inmediatas, poblaciones pequeñas como formadas cada una por una sola familia sus ambactos, extraños adoptivos, esclavos y libertinos; y en tiempo de paz, la agricultura de los campos menos expuestos á las furiosas avenidas del Guadalentín y Segura, cuyos nombres de entonces no sabemos, pero sí que, reunidos y con caudal muy copioso, atravesaban el valle; las pequeñas industrias necesarias para la agricultura, la ganadería y las otras industrias que de ella se derivan, cacerías de javalí [sic] y del venado en los montes más vecinos, del oso en los no muy lejanos, expediciones guerreras contra otras tribus...; y en caso de ataque, al primer asomo de guerra, el abandono de la llanura, todas sus poblaciones con sus ganados y aperos, y cuando tenían trasportable refugiadas en los recintos fortificados del Monteagudo, que debieron ser dos mas de los que todavía existen. Tito Livio, al describir las poblaciones españolas aborígenes, usa la frase *vicos castellaque*, y en otro lugar dice, *castellum inde quod caput ejus regionis erat, viculos que circumjectos*, aldeas y castillos, castillos que eran cabecera de una comarca y aldehuelas inmediatas y dependientes del castillo; así era toda España y así debió ser nuestro valle en la alborada de nuestra historia. Como se llamaban aquellas poblaciones?... [sic] quizás no tenían mas nombre que el de la tribu ó familia; como se llamaban estas tribus?... [sic] tampoco lo sabemos, ni hay, hasta ahora, mas que un dato que puede servir de punto de partida á la investigación arqueológica: sábese que, á la manera de las tribus aborígenes de América que todavía subsisten, las desaparecidas del antiguo mundo, y entre ellas las de España, se distinguían unas de otras por un emblema ó símbolo tomado de la naturaleza, y que era frecuentemente un animal; había tribu de los *Surdaones* en España (en la tierra de Lérida hoy) que tenía por nombre y símbolo el cerdo, como sigue habiendo en territorio de los Estados Unidos una tribu de los Hurones y otra de los castores; las tribus representaban materialmente sus emblemas, quizás rindieron culto á estas representaciones materiales; y en las inmediaciones del Monteagudo se han encontrado en diferentes fechas, las últimas en el pasado siglo, cabezas de toro, de javalí [sic] y de cerdo y una liebre en actitud de correr... Esto en cuanto á las tribus; de las poblaciones fundadas por ellas, alguna debió llegar á ser población de importancia; sábese que derivada probablemente de la ibérica *camp*, la palabra *campillo* se ha perpetuado en España para designar el emplazamiento de sus ciudades más antiguas, y no lejos de Monteagudo está el sitio del Campillo, que dió nombre á una hacienda y título nobiliario á una distinguidísima familia de la ciudad de Murcia. Quizá en este campillo estuvo situada la primera ciudad de importancia que hubo en nuestro valle, ciudad cuya civilización atestigua el hallazgo de numerosos pequeños dioses términos (indicativos de propiedad particular reconocida y respetada) que reunió el arqueólogo Saurin en su museo de Larache, y, no menos, el acueducto cuyas últimas trazas vieron todavía Lozano y Jumilla en las estribaciones del Monteagudo y reapareciendo por la Ñora y sitio inmediato á la actual presa de Murcia, aguas arriba.

PEDRO DÍAZ CASSOU



III

El Diario de Murcia. Núm. 3285. Viernes, 13 de Abril de 1888. Pág. 2.

HISTORIA ANTIGUA DE MONTEAGUDO Y SUS POBLACIONES

Cada uno de los pueblos que han pasado y se han detenido en nuestro valle ha ocupado el Monteagudo y dejó á su pié un recuerdo de su paso. He tenido la curiosidad de reunir y clasificar las noticias de estos recuerdos, hallados caso todos á fines del pasado siglo en las exploraciones y rebusca que hicieron Lozano, Saurin, Montalvo, Jumilla y otros, y he llegado á formar el inventario siguiente:

Ídolos.— Isis, Osiris, Dioses términos, un Mercurio con capacete de alas y bolsa en mano, un Júpiter Hamnon con cuernos. Además varias cabezas de toro, javalí [sic], cerdo y la liebre de que hablé antes, representaciones quizás de un antiguo culto naturalista y creencia en la metempsicosis de las tribus aborígenes.

Monedas.— Maximianos, Vespasianos, Augustos, una que el autor de la Bastitania conceptuaba muy notablemente con la inscripción CAESAR en el anverso y en el reverso HIBE. PREF. Muchas monedas árabes y africanas.

Piedras.— En edificios particulares del pueblo de Monteagudo, en otros más distantes y hasta en la misma Murcia, hay muchas piedras labradas procedentes de las ruinas del castillo y poblaciones inmediatas. Ceán menciona capiteles corintios, restos de algún templo, peanas de altares y gradas utilizados en la actual iglesia, una piedra miliaria de color amarillo que está arrimada á sus umbrales, sillares labrados y losas de mármol perfiladas á buril, algunos camafeos, y las columnas de la portada del convento de San Agustín.

Barros.— Un vaso negro bruñido, luciente como el azabache, duro como de metal y terminado en punta, que Lozano creía bacanal; otro de color oscuro con adornos de grecas y de forma de jícara, que adquirió D. Joaquín Montalvo; un ánfora larga, angosta, rematada en pitón, que halló el mismo arqueólogo en las exploraciones que hizo practicar en 1795; una lacrimatoria de vara y media de largo y muy angosta, á modo de tubo de aguzado remate y sin asas ni cuello; otra esférica; una que pareció ampolleta para ofrecer licores á los Dioses Manes, hallada por el Sr. Muñoz, Vicario de Monteagudo; y tiestos muchos, tiestos de vajilla rota porque parece ser que, como en la Sagunto valenciana, hubo en alguna población importante situada al pié ó en la inmediación del Monteagudo varias alfarerías. Los alfareros antiguos cuidaban de sellar su obra, y por esto conocemos los nombres de algunos de los predecesores del maestro Galán, cuyos sellos copió y tradujo Lozano, y parecen ser los siguientes: OF AMANDI (oficina Amandi); OF CRISPI (oficina Crispi); FELICIS M N; A. VET., (Auli Vetü); CORN. (Corneli); AVRN (Aureliani); DAP/HINI (quizás Decio Alfinio); humildes artistas que, al sellar el frágil barro, no pensaban seguramente en que construían para sí mismo un monumento de imperecedera fama y libraban sus nombres del olvido. No sabemos el nombre de las ciudades en que elaboraban y en que expedieran [sic] sus productos, no queda



memoria alguna de los régulos ni de los guerreros de aquellas primitivas poblaciones murcianas, de sus sacerdotes ni de sus sabios, la memoria de la humanidad no ha retenido estos grandes nombres y retiene desde hace dos mil años y seguirá reteniendo sabe Dios por cuantos miles de años mas los nombres de unos insignificantes alfareros. ¡Capricho de la fama! ¡Vanidad de la grandeza!

Con esos ídolos, monedas, piedras y barras á la vista, puede hacerse, auxiliándose con poderosas inducciones, la historia antigua del castillo de Monteagudo y de las primeras poblaciones de nuestro valle. Al escribir las líneas anteriores se remontaba mi imaginación aguas arriba de esa gran corriente de pueblos que forma la humanidad, y me parecía ver en pintoresco desfile la sucesión de los que guarnecieron el Monte agudo, poblaron á su pié, vinieron, comerciaron y pasaron, como viene y pasan las aguas siempre renovadas de un río siempre el mismo. Iberos con su túnica de esparto, lino ó lana de color oscuro (sagum) que se ponía como las actuales camisas, llegaba hasta donde los zaragüelles y se sugetaba con un cinturón (baltheus) de cuero en el sitio que la faja, esparteñas como las actuales, sombreros mas terminados en punta y de mayores alas que los sobreros de trilla, de palma como estos ó de esparto y adornados con pequeñas trencillas y cordones de los que algunos colgaban; luego, mercaderes fenicios y cartaginenses de flotantes túnicas y gorros cónicos, griegos de cuadrado bonete y verdes pallios, romanos de blanca toga, godos, árabes, africanos, castellanos, aragoneses... tipos desemejantes, lenguas diferentes, costumbres distintas; instrumentos de paz y de guerra diversos que en rápido desfile etnográfico pasan ante mi imaginación, y de la que solo puedo escribir algún detalle.

PEDRO DÍAZ CASSOU

(Se continuará)

I V

El Diario de Murcia. Núm. 3295. Martes, 24 de Abril de 1888. Págs. 2 y 3.

EL CASTILLO DE MONTEAGUDO

(Continuación)

EL CASTILLO Y SUS POBLACIONES DURANTE LOS MOROS

Aquella ciudad al pié del Monteagudo, ó en sus inmediaciones, hacia el Campillo, según toda probabilidad, fué asolada, como otras incluso Cartagena, en las terribles correrías de los Vándalos; y sus ruinas pudieron ofrecer materiales en abundancia, para la edificación posterior de una ciudad nueva, en no distante emplazamiento. Y esta ciudad pudo ser Murcia, sobre cuyo origen, razón de sitio y nombre, no cabe aquí noticia, debiendo limitarme á decir que el autor del Audhahul-Mesalek (fol. 151), el geógrafo Abu-l-Fedá (fol. 47), é Ibn Kallihan en la vida de Abu Bekr (núm. 634), convienen en que Murcia, fundada en tiempo y por orden de



Beni Omeya de Córdoba, aprovechó para sus primeras construcciones los materiales de una ciudad romana, no muy distante.

En cuanto al castillo, es difícil precisar que piedras, ya que no parte del mismo son anteriores á la ocupación por los romanos: como la tela primitiva de prenda muy remendada, las edificaciones originarios desaparecieron en las reconstrucciones numerosas que debió sufrir el castillo en los primeros tiempos de su historia. Es, sí, fácil demostrar que el primer recinto es árabe, aunque pudo ser una reconstrucción, y que el segundo, ó sea el de la cima, es en casi su totalidad romano; pues á primera vista se distingue el hormigón usado por los moros, de la excelente argamasa ó mortero de los romanos.

Quisiera que las condiciones materiales del periódico que han de publicar estos apuntes, permitiesen la intercalación de un grabado, para poder dar una idea perfectamente clara del castillo tal y como me lo represento en mi imaginación, y como no pudo menos de ser según demuestran sus ruinas. Sobre lo más alto del monte, como si le hubieran colocado allí los poderosos brazos de uno de aquellos gigantes mitológicos que pretendían escalar el cielo amontonando montañas, hay un peñón de unos 40 m. de altura, cortado á pico por la parte que mirá á mediodía y formado por un rapidísimo declive por sus otros lados, para subir al castillo construido en lo alto del peñón, no podía pensarse siquiera en escalar este por su corte vertical, y bastaba para defender el acceso completar la obra de la naturaleza convirtiendo en vertical y difícilmente escalable toda la parte del peñón que se presentaba en declive: así se hizo, rodeándose con un grueso muro de 15 varas de altura, en la parte que no está tajada verticalmente, y de aquí ese primer recinto, que debió existir de muy antigua fecha, y cuya última reconstrucción debieron hacer los moros.

Figuraos detrás de un ancho foso, un muro de mampostería de piedras irregulares, más alto que la mayor parte de las casas de Murcia, coronado por almenas cúbicas de cúpula piramidal y reforzado de trecho en trecho con torres de planta cuadrada y de dos pisos, coronadas también por idénticas almenas; fingíos obres esa muralla, detrás de esas almenas, en el adarve espacioso, en las fuertes torres, reuniéndose y remplazándose para defender la subida al castillo por el único pinto de acceso á un puñado de hombres de tipo y trage [sic] muy parecido a nuestros huertanos, y habréis formado una idea bastante aproximada de las fortificaciones exteriores de Monteagudo en tiempo de los árabes. A la parte de adentro de ese recio muro torreado, anchurosa plaza de armas, silos, algibes, marmorras [sic], la entrada á aquellos famosos subterráneos a una de cuyas salidas debió su nombre el pueblecillo de la Cueva, y que, por otro lado llegaban hasta Murcia según ciertas tradiciones; desde el primer recinto á la cima del monte y emplazamiento del que verdaderamente es el Castillo, una escalera estrecha tallada en la roca, precisamente en una arista de la misma entre el tajo cortado verticalmente y el rapidísimo talud que baja al primera recinto, conducía pero no en línea recta á puerta alguna, sino á un estrecho paso junto al muro del segundo recinto; así, bajo la acción directa de los defensores de este, obligando á los asaltantes á que subieran y desfilaran sobre



abismos, aún después de apoderados de las fortificaciones más bajas, se podía defender con un puñado de hombres y sin más armas que unos capazos de piedras, aquel segundo recinto de planta cuadrilonga, festoneada por cuadradas torres de grande altura y de más fuertes muros, almenadas y defendidas por numerosas saeteras. Nido de aguilas por su gran altura, pero nada estrecho sino bastante espacioso, pudo ser habitación de las familias del Alcaide y de los guerreros más escogidos, y aún servir de prisión de Estado ó de residencia real á aquellos Reyes de Murcia cuyo poderío fué tan inestable. De ambos usos deponen la tradición, que es historia, y la leyenda, que tiene siempre algún fundamento histórico; conozco varias tradiciones y leyendas sobre el castillo de Monteagudo, y para no cansar á mis lectores, cuando por amenizar estos artículos, voy a insertar por vía de muestra la tradición del *Wazir y el Rey* y la leyenda de la Sultana Zaida, que una y otra son del periodo árabe. Al ocuparme del Castillo de Monteagudo después de la reconquista, y antes de concluir con la descripción del estado actual de sus ruinas, que tomaré de un artículo, puramente literario pero gallardamente escrito, de mi inolvidable maestro D. Lope Gisbert, daré cabida á otras leyendas inventadas seguramente en el periodo cristiano de la historia de Monteagudo.

El castillo moro que acabamos de describir no estaba aislado: en un montículo próximo y de origen puramente musulmán, complementándole y bajo su egida, había un castillejo cuyos cimientos existen aún en tierras del Sr. Conde de la Concepción, y cuyo nombre se ignora. El también llamado castillo de Larache, ante *Alharache* y *Alabrache* en muy antiguos documentos, fué casa de recreo y de labor probablemente, que existía ya en tiempos de romanos y así lo demuestran sus cimientos: según un viejo manuscrito dependía del castillo de Monteagudo y era residencia alguna vez del castellano y más frecuentemente de sus mujeres y familia; ya veremos que siguió siéndolo después del periodo árabe. Llamará la atención de alguno de mis lectores que el nombre de esta casa de recreo sea le mismo que tiene una ciudad de la vecina costa africana: según los académicos de la historia, la etimología debe buscarse en *Alaraich*, que quiere decir *huerto de flores* ó sea *jardín*. No necesito explicar por qué una casa de recreo tenía fortificaciones, porque en tiempos antiguos y medios y hasta en parte de los modernos, las casas de campo estuvieron, por regla general, fortificadas, y de aquí que á muchas se las siga llamando castillos (*chateaux*) en Francia, y torres en España: Torreagüera, sin ir más lejos, y Torres de Cutillas, fueron casas de campo de Agüera y del *godo*, y la última, verdadera casafuerte.

PEDRO DÍAZ CASSOU

(*Se continuará.*)



V

El Diario de Murcia. Núm. 3303. Miércoles, 02 de Mayo de 1888. Págs. 2 y 3.

LEYENDAS Y TRADICIONES ÁRABES DEL CASTILLO DE
MONTEAGUDO

Entre las muchas que conozco, voy á escribir y publicar una tradición y una leyendas, solamente: dejo para última la leyenda, que es un bonito cuento de amores desgraciados, y empiezo por la tradición, que es histórica, y encierra, además, una lección de sabiduría, de las que tanto gustan á los orientales, cuando se las deduce como *moraleja* de cualquier relato.

LOS AMIGOS VUELTOS ENEMIGOS, Ó EL REY DE MURCIA Y EL WAZIR
DEL REY DE SEVILLA

En el nombre de Allah clemente y misericordioso.

Nueve veces desde que principió el mes de *dulhaya*, había pasado el sol por el horizonte murciano; era la gran fiesta, *Aaid el Kibir*, y la creyente Mursiá se entregaba al regocijo. Todo musulmán pudiente había sacrificado un carnero churro, buscándole que tuviera grandes cuernos; porque ya se sabe que las almas de los difuntos han de llegar al paraíso sobre uno de los carneros que sacrificaron en vida, durante la gran fiesta, y, agarradas á la encornadura, han de pasar el terrible puente *Sirat*, tendido sobre el infierno. Además de la mucha carne que sobra el cada casa y se reparte, se hace en el día de la fiesta muchas otras liberalidades, la población de los campos afluye á la ciudad, y, como en todos los grandes concursos de gente, hay, por calles y plazas, músicos, bailarines, jugadores de manos, titiriteros é improvisadores.

En una gran plaza que se extiende desde la mezquita mayor situada en el atrio de la Catedral que hoy existe, hasta los Baños Reales (donde hoy el Seminario de San Fulgencio) y el Alcázar Nassir, ó de la defensa, situado donde el Hospital, la multitud se apiñaba en torno de un improvisador desconocido de los murcianos. Era joven y tan apuesto como pobremente vestido: para experimentar todo el placer que producían sus magníficos versos, era preciso no ver la miserable pelliza que llevaba por único trage, y la grasienta cachucha con que cubría su cabeza. Acababa de recitar una *kasida* en que un *mahadi* con sable de quince codos cortaba de cada tajo un ejército de idólatras, y los dejaba hechos pedacitos no mayores que granos de cebada; había concluido y, con él, la multitud había exclamado en coro *Allahu akbar* (Dios es grande), resonaban los últimos *sahha* de aplauso y las últimas palmadas, cuando una bolsa de monedas de oro cayó a los pies del trovador vagabundo.

—Qué Dios aumente tu bien, dijo el poeta, dirigiéndose al espectador que tan liberal se había mostrado. Dime cual es tu nombre y cantaré tu generosidad.

—Es el poderoso y noble Abd-er-Rahman ibn Tahir, exclamaron algunos de los circunstantes, mientras que otros renovaban sus manifestaciones de aplauso.



—Cantarás lo que quieras, dijo Ibn Tahir, después que hayas entrado bajo mi techo. Mientras quieras estar en Mursiá, eres mi huésped.

—Así Allah te conceda, dijo el improvisador, las diez y seis [sic] gracias que otorga á los que cumplen la virtud de las hospitalidad, que es como no ignoras, una de las cinco llaves del paraíso; y marchóse con el huésped que le deparaba la casualidad, apenas llegado á una población, que desconocía por completo.

Un momento después, los esclavos del Tahesí vestían un magnífico traje de sea al poeta de la cachucha y la pelliza: el profeta (Dios le sea propicio) ofreció que todo musulmán que vista á otro, será vestido á su vez con el traje verde del paraíso. Pasada apenas una hora, el huésped y el hospedado daban principio á una suculenta comida pronunciando la acostumbrada invocación antes del primer bocado.

—*Bismillah* (en el nombre de Dios)

Comieron, en silencio, de muchos platos, no omitieron ninguno, y sirviéndose únicamente de la mano derecha, porque sabido está que el *apedreado* (el diablo) como con la izquierda; y cuando el poeta puso fin á la comida bebiendo agua y pronunciando la frase acostumbrada:

—*Bani chebaan. El hamdu lillah* (Estoy harto. Alabado sea Dios)

Ibn Tahir dirigió por vez primera á su hospedado las tres preguntas de rúbrica.

—Dime ahora, si no te molesta, cómo te llamas, de dónde vienes y á dónde vas.

—Me llamo *Ibn Ammar*, dijo el poeta, vengo de recorrer media *Andalus* (España mahometana), y voy á recorrer [sic] el otro medio, en busca de mi suerte.

—Allah te la depare buena, sabio Ibn Ammar.

—El (ensalzado sea) aumente la tuya, generoso Ibn Tahir.

.....

II

Durante muchos días Ibn Ammar disfrutó de la hospitalidad espléndida de Ibn Tahir y los lazos de la más tierna amistad ligaron sus corazones; una mañana, al levantarse el caisita, encontró al trovador vagabundo vestido con la remendada pelliza y la mugrienta cachucha:

—Me marchó, dijo, voy en busca de fortuna.

—Si te basta la mitad de la mía, quédate, dijo el generoso Ibn Tahir muy conmovido.

—No me basta... ni puedo aceptarla, contestó Ibn Ammar; pero te juro por Dios que no duerme y que no sueña, que mi amistad por tí durará lo que mi vida, que no se levantará el sol no se pondrá sin que recuerde tus beneficios de estos días y tu ofrecimiento de hoy.



En vista de resolución tan terminante Ibn Tahir cuidó de que proveyeran bien las alforjas de Ibn Ammar, en las que escondió un bolsillo bien repleto; salió después con él, acompañándole; dejaron ambos la ciudad por su puerta de *Ifrikia* que estaba entre el *Alcázar Kibir* (casa de los Zabalburus) y una torre cuadrada; atravesaron juntos el puente de barcas, tendido donde está hoy el de piedra, siguieron el camino de *Kantarac Ascayat* (Alcantarilla), y se despidieron por última vez junto á la acequia que, por atravesar aquel, llamóse y todavía se llama de *Albalate* (del camino). Saltóla Ibn Ammar, gritando á una voz casi, con su amigo:

—*Allah ichemaa na.* (¡Qué Dios nos reúna!)

Luego, Ibn Ammar siguió su viaje sin volver la cabeza, é Ibn Tahir le siguió con la vista hasta perderle en la primera revuelta del camino, sin dirigirle la palabra; porque cuando, después de partir y en los primeros momentos de su marcha, el que se ha despedido ya, vuelve la cabeza, el viaje es desgraciado: tales son los augurios, Dios sabe lo cierto.

PEDRO DÍAZ CASSOU

(*Se continuará*)

VI

El Diario de Murcia. Núm. 3304. Jueves, 03 de Mayo de 1888. Pág. 3.

III

Habían transcurrido algunos años. Ibn Ammar era *wazir* (visir, ministro) del poderoso Motamid rey de Sevilla, y Adh-er-Rahmán el Taherida había sido rey de Murcia y acaba ba de ser destronado por *Rachie*, general del sevillano, quien aumentaba considerablemente su reino con la anexión del de Murcia. Ibn Ammar supo con alegría porque se trataba de su rey, con dolor porque afectaba á su amigo la noticia, y queriendo conciliar deberes y afectos, revolviendo en su mente planes que amenguaran la desgracia y caída de su antiguo y nunca olvidado huésped, marchó inmediatamente á Mursia con plenos poderes de su nuevo soberano; entró en la ciudad á tambor batiente y con banderas desplegadas, llevando en pos de sí doscientos mulos con ricos presentes destinados en su mayor parte al rey caído, á quien, según parece, proyectaba reponer ó poco menos en su trono como tributario del de Sevilla ó Gobernador por el mismo. Apenas instalado en el Alcázar Kivir, antes de consagrar su atención á cuidado alguno de gobierno, envió al destronado Ibn Tahir, como protesta de inalterable amistad y prueba de los sentimientos con que venía á Murcia, rico regalo, el que más aprecian los musulmanes, un traje de honor, enviándole para elegir entre ellos, varios que eran magníficos. Entre tanto, á Alcázar Kivir habían acudido cuantos mas nobles y de ilustre raza vivían en Murcia, y cuando volvieron los enviados á Ibn Tahir con el obsequio, Ibn Ammar tenía en rededor suyo, una brillante corte que le prodigaba todos esos desvanecedores cum-



plidos de la lisonja oriental; creyó que iba á unir una nueva satisfacción á las que experimentaba y preguntó en voz alta á sus mensajeros:

—¿Qué os ha dicho, Ibn Tahir?, decidlo todo.

—Ibn Tahir nos ha dicho, poderoso wazir, que, pues quieres que elija un traje, le envíes la pelliza y la capucha que vestías, cuando te hospedó en su casa.

Aquellos murcianos eran muy parecidos en carácter á los murcianos de hoy; volvieron unos la cabeza, y ocultaron otros sus bocas para disimular sus sonrisas, mientras que uno de ellos, ingenioso como buen murciano, ponía el parche sobre la herida, diciendo á Ibn Ammar.

—Poderoso y sabio wazir, el Taherida creerá que en el traje que recuerda, debe haber un amuleto. De cualquier modo, su petición debe lisongearte porque te recuerda y nos recuerda que, para llegar á ser rey pequeño Ibn Tahir, gran personaje, no ha tenido que subir mas que un escalón; mientras que tú, para llegar á ser más poderoso que muchos reyes, has tenido que subir toda la escala. Allah, que nos tiene á todos los hombres en su mano y pesa los méritos de cada uno, sabe la diferencia que hay entre Ibn Ammar é Ibn Tahir, y éste también lo sabe.

—Noble xequé, contestó el vanidoso wazir, mordiendo los labios, no me consta que sabe Ibn Tahir, pero lo que seguramente ignora es una sentencia del enviado (Dios le sea propicio) el cual aseguró que todas las heridas que no sean de muerte se curan y se olvidan, pero que las heridas hechas con la lengua no se curan ni se olvidan. —A ver, que carguen de cadenas á Ibn Tahir, y que le encierren en el más profundo calabozo del castillo de Montacut.

Cumplióse la orden y, en los subterráneos cuyos primeros escalones pueden verse todavía al descubierto en la explanada del primer recinto, gimió largo tiempo el destronado Ibn Tahir, á quien se antiguo amigo, vuelto amigo irreconciliable, no quiso dar libertad, no obstante los ruegos de *Abd-el-Azir*, rey de Valencia, y las órdenes del mismo rey de Sevilla y de Murcia al-Motamid. Así expióse una frase de imprudente: el profeta (sobre él la bendición) ha dicho que si el angel encargado de registrar nuestras vidas, nos enseñase su libro, veríamos que de nada podemos recibir mas daño y debemos arrepentirnos mas que de nuestros dichos: de la palabra, mientras no sale de tus labios, eres el dueño; apenas la pronuncias, empiezas á ser su esclavo.

Así concluye el recontamiento de "*Los amigos vueltos enemigos*". La alabanza á Dios y la bendición suya sobre quien escribió en este *hadiz* lo que contaron antes *Ibn Haián*, *Ibn Alabbar*, *Dozy* y otros sabios.

PEDRO DÍAZ CASSOU

(Se continuará)



VII

El Diario de Murcia. Núm. 3309. Martes, 08 de Mayo de 1888. Pág. 2.

LEYENDAS ÁRABES DEL CASTILLO DE MONTEAGUDO

Leyenda de la sultana Zaida

I

Dicen que llamóse zaida, nombre que entre los árabes quiere decir dichosa; pero no lo fué ciertamente la *heroína* de esta leyenda.

Dicen también que Zaida tuvo veinte perfecciones que en la mujer se vea el árabe¹⁴, y es lo cierto que sobrevivió la fama de su hermosura y, en algunos recontamientos, se dice que era una blanca hurí que por equivocación había nacido fuera del Edén: mejor se la habría comparado con un ángel, porque Zaida era cristiana, y su verdadero nombre era María. Hija de un noble anciano, Alcaide por el Rey de Castilla de un lugar fuerte de la frontera; prometida en matrimonio, y próximo su enlace, á otro Alcaide joven y apuesto, de un castillo aragonés; en una noche de horrores, la hermosa María fue arrancada á su padre, á su casa y á su país, reducida al castillo de Monteagudo, y arrojada, con cadenas todavía, sobre el lecho del alcaide moro á quien la leyenda titula Sultán, pero cuyo nombre no dice, quizás porque no inventóle.

Sultán y Sultana vivían en el empinado castillo, si en Zaida era vivir languidecer entre los recuerdos y las aspiraciones á un pasado que veía alejarse de ella mas y mas aprisa á á [sic] cada instante, y que, cuando más lejano é imposible, el parecía mas hermoso y le era mas querido. Entre aquellos girones del castillo que aun se defienden del tiempo, á la parte del S. O., en una torre medio derruida, vese todavía una ventana que pido ser en otro tiempo un ajimez ó mirador: el de Zaida. Cuando, seiscientos y mas años hace, ese montón de ruinas era un castillo poderoso; cuando en la hora del crepúsculo, propicia para los tristes recuerdos y las aspiraciones imposibles, el sol, como pesaroso de abandonar el límpido cielo y el riente paisaje de Murcia, enviaba el último beso de su luz á las alturas de los montes; cuando en el valle empezaba á ser de noche y aún era de día en el castillo, y en su entonces erguido torreón de S. O. y en el adornado mirador de la sultana hoy derruido, se dibujaba un blanco bulto de mujer, el soldado que hacía su centinela en el adarve, el moro cultivador que regresaba á su hogar, el caminante que marchaba por las vías no lejanas del castillo, cuantos al levantar hacia él la vista, percibieran la soñadora poética figura de la sultana Zaida, debieron sentir que pasaba sobre las sequedades de su espíritu ese aura fresca de sentimientos dulces é indefinidos deseos que

¹⁴ Veinte cosas ha de tener la mujer para que su belleza sea cumplida: cuatro negras: cabello, cejas, párpados y la pupila de los ojos; cuatro blancas: cutis, dientes, uñas y córnea del ojo; cuatro rojas: mejillas, labios, encía y lengua; cuatro grandes: frente, ojos, pecho y caderas; cuatro pequeñas: orejas, boca, manos y piés. DENAL.—LA VIE ARABE.



despierta siempre la vista que una mujer que se sabe joven y hermosa, aunque se la vea lejana; y debió acudir á los labios de casi todos ellos ese hermoso piropo árabe, que no se dice sino cuando la mujer no puede oírle:

—*Sebahan Allah li jeloh ha!* (Alabanzas á Dios que la ha creado.).

II

En una tarde de mes y año que la leyenda no dice.

Desde la atalaya más alta del Monteagudo se había divisado en el remoto confín del horizonte, polvareda ó nubecilla, una pequeña mancha que creció, avanzó, aproximóse, cruzó el río y adelantó rápidamente en dirección al castillo de Monteagudo. Después, las aclamaciones y lelilies del paisanage, rumor confuso al principio y más distinto á cada momento, subieron á la altura envueltas en el ronco redoble de los atabales y los agudos sonidos de las chillonas trompetas; luego, apiñada multitud de guerreros empezó á subir el Monteagudo siguiendo el camino que rodeaba la falda hasta llegar á la cumbre; entre los guerreros iban cautivos que al perder su libertad habían perdido también sus bienes, y llevaban los de mas precio á hombros ó sobre sus cabeza como botín cogido en aquella algará; entre los cautivos el Alcaide de la fortaleza y pueblo asaltados y que, hecho prisionero después de mal herido, era transportado á hombros de los que fueron antes sus soldados y eran ya únicamente sus compañeros de infortunio; después de todos, el Sultán jamás vencido, el Sultán siempre victorioso, el padre de los creyentes, el terror de los idólatras, ese marido de Zaida, cuyo nombre no sabe la leyenda. Alargóse la cabeza de la columna por la falda del monte rodeándole, como monstruosa serpiente que se alarga extendiendo sus anillos; llegó á la cumbre y abandonó el pié, desapareciendo poco á poco tras la terrada poterna; cargóse á los esclavos de cadenas conforme fueron entrando, y almacenóse el botín; entró el último el Sultán, apuró entonces sus mayores estruendos la música militar, y dominó á los de la música el de las aclamaciones de los guerreros que habían quedado en la fortaleza; pero el Sultán ni tuvo oídos más que para un saludo hecho con débil voz, tenue como un sollozo, por la Sultana Zaida, que, envuelta en un blanco riquísimo jaik, había bajado á recibir á su marido y señor al último de los escalones abiertos en la roca entre el primer y segundo recinto.

—Hoy ha sido un gran día para los creyentes, Zaida, dijo el Sultán.

Pero Zaida no le oyó siquiera; sus ojos negros y profundos, única cosa de su rostro que dejaba ver el velo, expresaban una ansiedad suprema y volvíanse con frecuencia hacia donde, sobre un mísero zarzo de cañas, yacía mal herido el valiente Alcaide prisionero; por fin, señalando con dedo tembloroso, preguntó con voz apenas perceptible:

—¿Cómo se llama ese herido?...

Pronunció un nombre el Sultán y Zaida cayó mas bien que apoyóse en la roca, murmurando en un suspiro:



—¡No me engañaban mis ojos!

Aquel moribundo era su prometido de otro tiempo aquel noble Alcayde aragonés con quien debió casarse; y aquel nombre pronunciado con orgullosa indiferencia por el Sultán vencedor, era el nombre que se grababa cada día más profundo en el pensamiento de Zaida, el nombre que acudía á sus labios en sus meditaciones del crepúsculo, cuando, asomada á su ajimez, solo podían oírla aquellas aves del cielo que subían, revoloteaban algunos segundos caso al alcance de su mano, piaban y partían, como si confidentes de sus perdidos amores y de sus secretos deseos, le trajeran mensajes de esperanza y se llevaran la contestación de sus ardientes suspiros.

PEDRO DÍAZ CASSOU

(*Se continuará.*)

VIII

El Diario de Murcia. Núm. 3310. Miércoles, 09 de Mayo de 1888. Págs. 2 y 3.

LEYENDAS ÁRABES DEL CASTILLO DE MONTEAGUDO

Leyenda de la sultana Zaida

III

Las heridas que no son mortales se curan y se olvidan, y no eran heridas mortales las del valiente caudillo aragonés.

Las mujeres de los musulmanes españoles no fueron, por lo regular, tan cuidadosamente guardadas, como siguen siéndolo en Oriente.

Y los nobles cautivos, sobre todo los que podían pagar un buen rescate, gozaban de una libertad casi completa dentro del castillo que les servía de prisión. Y sentadas estas premisas; ¿qué puedo añadir que no hayan previsto, anticipadamente, mis lectores?

.....

Conmovedor reconocimiento, amargos reproches, justificación cumplida, dulce reconciliación... luego, entrevistas cuyo encanto hacía mayor el misterio, placeres que centuplicaba su peligro... luego también las inevitables imprudencias, pensar que nadie mira, haber muchos que vean, y luego, finalmente... una noche, el moro sorprendió á Zaida en los brazos del cristiano.

IV

—¡Traidores! Rugió el Sultán lanzándose espada en mano sobre los dos amantes.



El Aragonés se apresuró á interponerse, pero, más rápida todavía se le adelantó su amada, y el moro no tuvo el valor de hierla.

—Traidora, no! [sic] exclamó Zaida, yo soy tu esclava, es cierto; pero to no consentí nunca en ser tu mujer.

El brazo levantado para herir cayó á lo largo del cuerpo, quedó inmóvil el moro, como si á su gran arrebató hubiese sucedido el estupor más grande, y murmuró con un acento indefinible.

—Es verdad... eres mi esclava... mi esclava á quien pude vender... á quien he hecho mujer mía... por quien repudí todas mis demás mujeres... ¡mi esclava!

Una idea cruzó al ori esto por la mente del aragonés y brilló en sus ojos el resplandor de una esperanza.

—Moro, exclamó, yo no te he quitado lo tuyo, tu fuiste quien me quitó lo mio; porque to amaba á maría é iba á casarme con ella, cuando tus gentes la cautivaron. Sé justo, devuélvemela, y yo te daré por su esclava doble rescate que por mí.

Pasaron algunos segundos, durante los que oyóse únicamente la fatigosa respiración de aquellas tres personas. Después el moro empezó á hablar con acento tranquilo, demasiado tranquilo, al parecer.

—Palabras de sabiduría, dijo casi deletreando las palabras, han salido de tu boca... ¿Cuánto crees, cristiano, que vale esta esclava mía?

—¡Pide! Dijo su interlocutor ansiosamente.

—¿No te parecerán muchas mil doblas...?

—¡Zaida, eres mía!

—Poco á poco, interrumpió el moro con su acento tranquilo al parecer. Te he preguntado si no te parecen muchas mil doblas, pero no me has dejado concluir diciéndote que á mi me parecen pocas.

—¡Pide! ¡pide de una vez! exclamó el cristiano impaciente.

—Es, dijo el cristiano, cuya tranquilidad de expresión iba en aumento, que yo taso mi esclava en todo lo que ella vale y alabo mi mercancía. Mírala bien... ¡perro, bien mirada la tienes! exclamó cambiando de todo y moviendo convulsivamente el brazo de la espada. Después, volviendo á su anterior frialdad, mírala, te digo, es... graciosa de lejos, hermosa de cerca, alta como la palma, flexible como el bau... mírala, te digo, es blanca como la leche, sus mejillas dos rosas, su boca un gran rubí del que se ha hecho un anillo pequeño, sus ojos dan fiebre ó refrescan, deliciosamente; cuando mira al cielo parece que va á decir á la luna "brilla ó brillo", cuando mira á un hombre si está enfermo lo sana, si está sano lo enferma... mírala, una vez más ¡perro hijo de perra! tiene las veinte perfecciones de la mujer... veamos ¿cuanto me das por esta esclava...?

—Concluyamos! concluyamos! [sic] gritó el aragonés fuera de sí, este ajuste es infame. Te doy cuanto tenga por su rescate y por el mio; si no te basta, reuniré



todos mis deudos que me darán cuanto tengan, se lo tomaré todo á mis vasallos, pediré al Rey;... si todavía no te basta entraré á saco pueblos, robaré conventos;... ¡pide, moro! ¡pide cuanto quieras, todo me parecerá poco y cuanto pidas te daré... [sic]

Zaida cogió en silencio una mano de su amado, oprimióla fuertemente y la soltó, pero no antes que se apercibiera de ello el Sultán, que hizo un movimiento para lanzarse contra la enamorada pareja. Contúvose y dijo dando á su acento las inflexiones de la más cruel ironía.

—Cristiano, no hay oro en el mundo para pagar un solo cabello de mi esclava. Me he estado burlando de tí. Me la quedo. En cuando á ti vas á salir en seguida del castillo.

Y tanto mas exaltado, el moro, cuanto mas había tenido necesidad de contenerse, llamó en su ayuda.

—A ver, dijo rugiendo de corage, á dos esclavos negros, coged al perro cristiano y echadle por el mirador.

Hubo una breve lucha, siguióla un solo grito, el grito que lanzó el Aragonés al sentirse arrojado desde tan gran altura; pero, como si fuera un eco, sonó casi inmediatamente otro grito mas débil, un grito de mujer, de Zaida que había querido morir de la misma muerte que su amante, y, por un movimiento rapidísimo que nadie pudo evitar, se había lanzado tras él en el espacio.

.....

Los cadáveres de los dos amantes fueron enterrados juntos. El Sultán buscó la muerte en la primer algará que hizo por tierra de cristianos.

PEDRO DÍAZ CASSOU

IX

El Diario de Murcia. Núm. 3316. Miércoles, 16 de Mayo de 1888. Pág. 2.

CASTILLOS DE MURCIA

EL CASTILLO DE MONTEAGUDO DESPUÉS DE LA CONQUISTA DE MURCIA

Es sabido que los moros dejaron para pasto común gran parte de los terrenos situados más abajo de Murcia y más arriba de Orihuela, los cuales, ó por su altura tenían riego difícil, ó por bajos eran pantanosos. Así la huerta de Murcia concluía verdaderamente en la proximidad del Monteagudo, y su castillo venía á ser atalaya y primera defensa del reino de Castilla contra el de Aragón, al que Orihuela pertenecía, viniera á ganar ó perder importancia, según el estado de relaciones entre ambos reinos. Estas no eran por lo común muy cordiales: Aragón no olvidaba que, con la



conquista del reino de Murcia, Castilla le había cortado el paso para todo engrandecimiento territorial en la península, ni los castellanos de Murcia dejaban de urgar [sic] en la herida de los aragoneses de Orihuela: de la cordialidad de relaciones entre ambas ciudades, respondería, á volver los tiempos de Esopo, ese león muy parecido á un perro que hay á la subida del paseo del Malecón y que, en tiempos, estuvo en la puerta de Orihuela *mirando á esta ciudad*, decían nuestros antepasados, *para desafiarla con la su fiereza*. Durante la minoría de nuestro D. Fernando IV, el rey de Aragón, D. Jaime II, se entra por el reino de Murcia, y se apodera del castillo de Monteagudo, que devuelve poniéndole en manos de D. Julián de Osoros¹⁵, en la era de 1342 y en martes 17 de Noviembre, estendiéndose [sic] de ello acta notarial por Domingo de Fraga, ante los testigos Guillermo de Pertusa é Miguel Careal, y siendo *más testimonio dello*, Artal Dorta Comendador de Montalbán, Bertran Deçual *scrivano del senyor rey Daragon*, García Lopeç Comendador Desdosorons, Gomeç Garcia Comendador de Alhambra é del bastimento del campo de Montieil, Ruy Garcia cavallero de Montiel, Garçia Pereç de Valdesa Donem, Don Mofarech cavallero de Montiel, Johan Alvareç comendador de Vilanova, Pero Janes y Frayres de la dicha orden Ducles.

A consecuencia de la paz entre don Jaime y D. Fernando, devolvióse á Garcí Jufré de Lison la villa de Cabdete (Caudete) donada á su padre Ato; pero Garcí Jufré creyó le convenía más venderla y retirarse á Murcia, donde el rey nombróle su alcaide del castillo de Monteagudo, y le hizo donación de la hacienda y casa de Larache, que vinculó en los Lisones, y siguió en esta familia hasta el siglo XVII. Del Garcí Jufré, primer Lisón murciano, hay noticias en una carta de Alonso XI, en Sevilla y en 11 de Diciembre de 1368 E, que debe encontrarse en el Archivo del Ayuntamiento de Murcia al folio 101 del L. de C. R. A. y M.; así como de que sucedióle en la alcaidía de Monteagudo, Fernad Garcia de Illescas, en otra carta posterior al folio 138 del tomo referido que contiene las de los años de las eras 1352 - 82.

Túrbose nuevamente la paz con Aragón durante el inquieto reinado de aquel animoso D. Pedro I de Castilla, en favor de quien la posteridad ha revocado el fallo de sus convivientes, y nuevamente acreció la importancia del castillo de Monteagudo, que no disminuyó porque trajera la paz el advenimiento de la dinastía de Trastámara, cuya debilidad alienta banderías en toda España, y en Murcia las de Fajardos y Manueles que tantas páginas ocupan estérilmente en la historia de nuestra ciudad. Ya en tiempo de D. Pedro I, Murcia se opuso á que Toribio Martínez, Alcaide de Monteagudo por D.^a Toda y por D. Rodrigo, viuda é hijo del Alcaide D. Martín Alonso, entregase el castillo á Juan Ortega de Avilés, cuñado de uno de los Fajardos más famosos, y el Rey nombró un tercero que fué Fernan Gimenez, y que era todavía Alcaide en la era de 1404. De todos modos, y cualquiera que fuese el bando á que perteneciera el Alcaide de Monteagudo, era frecuente que, en aquellos tristes tiempos y bajo aquella dinastía enteca, cuando en las calles de Murcia y en pleno día

¹⁵ Es interesante el testimonio de la entrega y poco conocido. Puede verse en la Real Academia de la Historia, Biblioteca de Salazar A. 2 fol. 168.



“se robaba las mujeres á sus maridos y se mataba los hombres sin castigo ni escarmiento y los vecinos tenían que estar siempre en vela por los grandes hurtos y crímenes que se hacía”, era frecuente, repetimos, que el Alcaide de Monteagudo se descolgase de sus alturas, vejase á los viandantes y á la población inerme de la huerta, é interviniese en los bandos de la ciudad, más atento á procurarse medros reprobados que á defender el país de los aragoneses de Orihuela y de los moros de Granada, cuyas correrías eran muy frecuentes. Modelo en tales Alcaldes malos, fué un Juan Flores, contra quien representó la Ciudad muchas veces, consiguiendo al fin que el Rey le hiciese comparecer y defenderse de sus malfetrías, según puede verse en tres R. O. que deben existir en ese Archivo Municipal de Murcia, á los folios 68, 73 y 73 vuelto, del L. de C. R. de 1453 - 78.

Unido definitivamente el reino de Aragón al de Castilla, en tiempo de los RR. CC., apaciguadas las banderías en todo el reino y conquistado el de Granada, el Castillo de Monteagudo perdió toda su importancia; se siguió nombrando alcaldes, que residían en Murcia y solo alguna vez iban al castillo; y se le desmanteló y abandonó últimamente, para evitar reparaciones que eran frecuentes, y resultaban muy costosas. Abandonado á la acción destructora del tiempo este le ha dejado en los términos que van á decirnos don Lope Gisbert y D. Rodrigo Amador de los Ríos, en el párrafo siguiente:

PEDRO DÍAZ CASSOU

(Se continuará).

